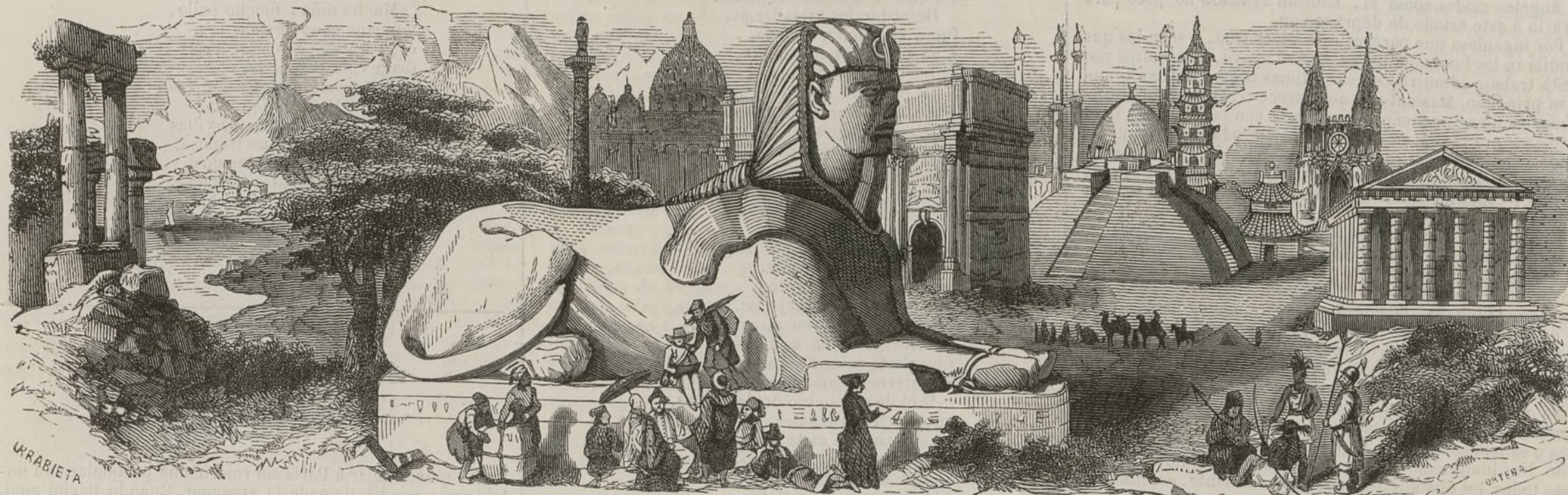


EL UNIVERSO PINTORESCO,

PERIÓDICO MENSUAL.



Precio en Madrid para los suscritores al Museo por un año. . . 20 rs.
Se suscribe en el Gabinete literario, calle del Principe, Madrid.

No se admiten suscripciones a este periódico solo, sino con el Museo.
REDACCION, C. DE SANTA TERESA, N. 8.

Precio en provincia para los suscritores al Museo, por un año. 24 rs.
Se suscribe en casa de los corresponsales del Estab. de Mellado.

SUMARIO.

ARTICULOS. Idolatría.—Ferias de Madrid, por don Esteban Garrido.—Recuerdos de un viaje, por Fenimore Cooper.—La Huérfana del Pirineo (continuación), por don J. M. de Goizueta.—Estudios geográficos (continuación), por don Nicolás Castor de Caunedo.
GRABADOS. Reunion periódica de los Bramas en honor de las divinidades conservadoras y destructoras en el convento de Condjeveram, cerca de Madrás.— Pág. 80, cuatro grabados.

Idolatría.

El origen de la idolatría se pierde en la oscuridad de los tiempos: nosotros no nos atreveremos a repetir con el abate Bergier que comenzó algún tiempo después del diluvio y de la confusión de las lenguas, porque podríamos hacerlo remontar, según la Biblia, hasta Cain. Como quiera que sea, los pueblos primeros que la adoptaron (los orientales) habían

fijado el trono del divino poder en los astros, á los que presidían, según ellos, dioses ó espíritus todopoderosos. Después de haber poblado el cielo de divinidades se vieron obligados á poblar igualmente la tierra, así que cada fenómeno que los espantaba ó que estaba fuera del alcance de su inteligencia, era á su vez una prueba, una seguridad, un testimonio de la presencia de un Dios. Mr. de Lamennais en su *Ensayo sobre la indiferencia*, sienta por principio que las primeras divinidades del paganismo eran verdaderas inteligencias, los ángeles mismos reverenciados desde luego sim-



Reunion periódica de los Bramas en honor de las divinidades conservadoras y destructoras, en el convento de Condjeveram, cerca de Madrás.

plemente como á ministros de Dios, pasando despues á ser el objeto de un culto directo. La codicia del hombre y el temor de los males inherentes á su naturaleza, le inclinaron en efecto á adorar é invocar á aquellos seres que miraba él como dispensadores inmediatos de los bienes y los males; á todos los espíritus que velan sobre los elementos, como también á la conservación de los imperios, del hombre y animales. Aun llegó á tanto su ceguera, que se postraba de rodillas ante las inanimadas producciones de la tierra. Satanás y los ángeles caídos como él, habrían ayudado no poco para llevarlo á este estado de depravacion.

Por ingeniosa que parezca esta suposicion, y sean los que se quieran los fundamentos en que se apoya, á nosotros nos cuesta trabajo admitirla en sus últimas consecuencias y aun en su principio. Mas natural nos parece creer que penetrado el hombre de su pequeñez comparada con la de un ser infinitamente grande, y no habiéndose dedicado abincadamente á conocerlo, se forjó á su arbitrio y dispuso del poder y emanaciones de su omnipotencia de un modo muy absurdo, muy ridiculo y conforme á sus necesidades, sus vicios ó sus caprichos.

Las grandes y poderosas naciones despues de haberse creado así desde luego unos dioses de naturaleza sobrehumana, mas tarde han divinizado aun á los mismos hombres que han prestado grandes servicios á la nacion: la admiracion que se les tributaba degeneró en supersticion y concluyó en ser un verdadero culto: la piedad para con los ancianos, el reconocimiento respecto á los reyes y bienhechores de la nacion abortaron, pues, este culto de héroes y grandes hombres que debía terminar por identificarlos con el de los falsos dioses.

No nos detendremos en especificar en este artículo las diferentes clases de idolatría que se han sucedido unas á otras ó se han confundido y propagado por la superficie del globo. Nos limitaremos á probar que hasta la venida de Jesucristo todos los pueblos del antiguo continente, escepto los judios, han sido idolátras. La religion cristiana ha ido destruyendo poco á poco entre nosotros este culto de los idólos frecuentemente sanguinario. Algunas regiones de Oriente como la India, la China, el Japon y la mayor parte de los pueblos del interior de Africa, América y la Polinesia siguen todavia ciegamente adictos á su culto, á pesar de los inauditos esfuerzos hechos hasta el dia por venerables misioneros, y aun no puede pronosticarse con certeza si está próxima la época de su abolicion. En el estado actual las comunicaciones de nacion á nacion y los lazos que las estrechan y unen entre sí por medio del comercio, pueden coadyubar poderosamente y con buen resultado á estos celosos obreros de la fé, y disminuir algun tanto la aspereza y penalidades de sus peligrosos trabajos apostólicos regados con sangre muchas veces.

B**

Ferias de Madrid.

Cuando el rey don Juan II otorgó á Madrid la gracia de cambiarle un par de villas por un par de ferias francas,

En sentir de los maridos, y aun de las gentes sensatas, hizo un pan como unas hostias el bueno de aquel monarca.

De estas ferias el origen desde el siglo XV data, y, á fuer de pecado gordo, ha traído cola larga.

La tradicion no nos dice, ni las crónicas enarran, si entonces la tal merced se tomó como una ganga:

Pero, á juzgar de aquel tiempo, por lo que al presente pasa, la opinion sobre este punto por fuerza seria varia.

No en valde dice un refran, que todos aquí y en Francia, conforme les vá en las ferias, así de las ferias hablan.

Presúmese, sin embargo, que no batieran las palmas ante merced semejante los nietos de doña Urraca,

Cuando nos consta, que, siendo dos las ferias otorgadas, de dos suprimieron una... y á fé, que con una basta,

Diganlo sino los prójimos, cuyos oídos taladran las angelicales súplicas de una prole dilatada!

Debe ser una delicia inaugurar la mañana con un concierto de tiples que contra el bolsillo cantan.

Y si el oyente es benévolo, y el estado de su caja no se opone al buen despacho de las pueriles instancias;

¿Puede haber dicha mayor que la dicha extraordinaria de ver convertida en tienda de tiroleses su casa?

Y si al título de padre, otro título acompaña, el de esposo, por ejemplo, de una muger casquivana,

De esas que probar pretenden, sentenciosamente, *ex-cathedra*, que, en el cambio de estaciones también de telas se cambia;

¿Puede haber placer igual al placer que le deparan

los almacenes á miles que encuentra en calles y plazas?

Pero, como es inherente á la condicion humana, el que se alegren los unos con lo que los otros rabian,

Los muchachos quieren ferias, ferias quieren las muchachas, y contra las ferias trinan los que de muchachos pasan.

Describir las tales ferias, fuera ocupacion pesada, á no ser por la costumbre, entre hombres de letras, rancia,

De prevenir que en la imprenta queden estereotipadas las descripciones de *ene* en circunstancias análogas.

Y las ferias que hoy afligen á la villa coronada, con las del año anterior tal analogía guardan,

Que fuera un lujo de angustia, una verdadera lástima, el sudar la gota gorda por volver á bosquejarlas.

Madrid, como en otros años, en este ofrece en sustancia, el aspecto de una villa de terremoto amagada,

O el de un pueblo de dementes, cuya locura estribara en arrojar á la calle los trastos por la ventana.

Aquí se ve una camilla, si es que camilla se llama, un mueble que solo consta de tres pies y media tabla,

La cual estuvo al servicio de una pseudo-militara, que hace, como el hombre malo, la vida de muger mala,

Yendo á comer á la fonda, durmiendo fuera de casa, jugando en los gazapones y empeñando las enaguas.

Allí se ve un ex-pupitre con cerradura de ex-plata, propiedad en otro tiempo de un director de estancadas,

Que así perdía espedientes como espediente encontraba para esponder *tagarinas* por cigarros de la Habana:

Mas allá se ve un vestido de terciopelo de Francia, que estrenó cierta condesa de virtudes problemáticas,

La cuales hoy el encanto, por su empaque y por sus maúlas, de tertulias de buen tono, donde se juega á la banca,

Y se pierden los sombreros, y se estravian las capas, y se jura, y se blasfema, y se enamora, y se baila.

En las prenderías todas penden de perchas ó escarpias ropas de uso masculino y hechura antdiluviana,

A cuyo aspecto algun sastre esclamar suele con rabia: —«¡Prendas por mi mal perdidas y para mi mal halladas!»

Por todas partes, en suma, la atencion pública llaman, medios-juegos de ajedrez, medios-tableros de damas,

Medias-llaves de reloj, medios-botones de nacar, medias-figuras de china, medias-botas de campana,

Y otros medios ex-objetos, que ser enteros alcanzan, si un marchante se presenta con la mitad que les falta.

Como en el año anterior, (y sigue la semejanza) de Alcalá la hermosa calle es de las ferias el alma.

Allí bulle y coquetea de Madrid la flor y nata, y al par que sus galas luce, de deslucirse hace gala.

En tan prosaico paseo alternan con la elegancia las *cursis* mas principales de las villas comarcanas.

Y mientras unos de amor y otros de fruta se atracan, clavan los Cacos sus uñas en los que encuentran en Babia.

No hay que añadir que en las ferias abunda mucho la plaga, que del frac en los faldones lleva del huevo la cáscara.

Su mision, segun costumbre, es hacer botaratadas, y á fé que la desempeñan con celo y perfeccion harta.

Conjugando siempre el verbo *yo te amo* y *tú me amas* cuadrado como de molde lo que en una de sus sátiras,

Sobre los *pollitos* de Roma el gran Juvenal estampa:

Horum, dice, si nihil est, amici supinant aviam;

Palabras que significan en la lengua castellana, que el pollo, en casos de apuro, hasta con las viejas carga.

Trastos viejos por do quiera, frutas secas... y mojadas, baratillos de pañuelos, mercachifles de quincalla

Mucha niña, mucho pollo, y mucho tuno de marca, es lo que sobra en las ferias de la villa coronada.

Así, cuando el rey don Juan otorgó á Madrid la gracia de cambiarle un par de villas por un par de ferias francas,

En sentir de los maridos, y aun de las gentes sensatas, hizo un pan como unas hostias el bueno de aquel monarca.

ESTEBAN GARRIDO.

Recuerdos de un viage.

POR FENIMORE COOPER.

No quiero dejar á París sin referir una particularidad notable que me ha llamado la atencion. Cuando llegué aquí, esperaba encontrarme enteramente aislado, y casi obligado á olvidar mi lengua patria, para hablar esclusivamente la francesa. Por fortuna salió falso este temor, y poco despues de mi llegada á la capital de Francia, fui presentado á una gran porcion de familias inglesas, que han abandonado á su patria por establecer su domicilio en medio de un pueblo rival. Naturalmente discurría yo entre mi, cuáles serian las causas de esta emigracion, y observaba las alteraciones que habia podido introducir en el carácter nacional de estos colonos, que voluntariamente habian salido de la Gran Bretaña. El fruto de mis observaciones es el que voy a estampar aquí.

Es sabido que la dorada medianía tan preconizada de los poetas, es casi desconocida en las islas británicas. Allí no hay medio entre la opulencia y la miseria: allí vive uno estrechamente con ochocientas libras de renta, y se muere de hambre con quinientas. Un caballero que no ha recibido de su padre mas que una módica renta, equivalente á unos diez mil francos, se vé en la precision de dejar su patria madrastra, y de buscar al otro lado del Estrecho algun distrito, donde cada botella de Champaña no llega á valer diez chelines. La emigracion se hace aun mas necesaria, si siguiendo las costumbres de los protestantes y los preceptos del Génesis, ha trabajado concienzudamente por dejar herederos en linea no colateral.

Otros ingleses, millonarios, encuentran la vida de Londres demasiado monótona, se cansan de las nieblas del Támesis, de los clubs, de las tertulias, del barrio de Saint-James, y de la iglesia de San Pablo. Nos ha dado, dicen ellos, riquezas la naturaleza con condicion de tenernos amarrados en nuestro pais natal ¿Quiere hacernos comprar sus beneficios á costa del esplin? ¿ha pretendido prohibirnos todo goce gastronómico, que no sea los asados de la antigua Inglaterra? ¿gestamos condenados á no lucir nuestros carruages, mas que en los paseos rústicos de Hyde-Park? no: la Francia nos conviende, la Francia con sus reuniones bulliciosas, con sus risueñas mugeres, con sus vinos exquisitos y con sus pasatiempos innumerables. Y á toda priesa pasan el Estrecho, montan en sus *britchkas*, empaquetan sobre la marcha sus *footmen* y sus *chambermaids*, y plantan sus penates en el barrio de San Honorato. Van en su seguimiento una tropa de dependientes, de profesores, de facultativos, de dentistas, de paniaguados, satélites complacientes, que en todos tiempos y en todos paises arrastran en sus revoluciones los planetas aristocráticos.

A estos emigrados se reunieron los ingenieros, los mecánicos, los inventores ó constructores de máquinas. La Gran Bretaña, á quien su situacion geográfica prescribe por necesidad la industria y el comercio, envía á Francia obreros diestros para dirigir las fábricas del gas, las de fundicion de hierro, la construccion de buques de vapor, la extraccion de la ulla, etc. Al mismo tiempo los franceses reciben en sus colegios, en sus escuelas de medicina, en sus academias de bellas artes, jóvenes ingleses que buscan una instruccion pronta, sólida y poco costosa. No hay en París ningun establecimiento notable que no tenga á lo menos un inglés, un *Campbell*, un *Alick*, ó un *Archibald*. Sus compañeros le llaman el *Goddem*, que es como el populacho de París llama á los ingleses, y tratan de convencerlo á puñadas de que Napoleón no perdió la batalla de Waterloo. Todos los años va á verle su padre, le toma la mano, le pregunta cómo le va, le toma de nuevo la mano, y se vuelve á Inglaterra. La ternura paternal no suele ser la mas espresiva entre los ingleses.

En 1816 se vió abalanzarse hácia París millares de ingleses, que se desquitaban con repetidos viages de haber estado tanto tiempo escluidos del continente. Se les detestaba de todo corazon por su cualidad de aliados; pero se profesaba la veneracion mas profunda al abundante metálico que encerraban sus bolsillos. Las amas de huéspedes, los fondistas, los traficantes de todos sexos y de todas clases, los explotadores á porfia proporcionándoles cumplidamente la ocasion de adquirir el mayor de los bienes, por lo pronto la esperiencia. Como hallaban el precio de los géneros menos subido que en Inglaterra, los insulares se dejaban despojar sin murmurar: luego se volvieron regatones y cicateros, por todas partes veían ladrones, retirando los cuernos al menor contacto sospechoso, y pasando súbitamente de una ciega confianza á perpétuos regateos.

Hoy dia los ingleses de paso son menos frecuentes; pero la paz duradera ha favorecido al establecimiento y á la natu-

ralización de bastantes familias, cuya fisonomía contrasta visiblemente con la de la población aborigena.

El inglés de París es fácil de conocer. Por mucho tiempo que haya vivido allí, y aun cuando haya nacido en el territorio francés, lleva un sello de extrañeza que no conservan ni el italiano, ni el español, ni el polaco, ni aun los mismos súbditos de Mehmet-Ali. Un muchacho vestido con una blusa de tartan, con las espaldas, piernas y brazos al aire, con anchos borceguies mal ajustados, es de seguro un inglés. Un muchacho delgado, endeble, chupado, imberbe, con su pañuelo ó corbata á la Colin, enfardado en una chaqueta que le llega al diafragma, y con las piernas enfundadas en un pantalón estrechamente estrecho y corto, es un inglés. En cualquiera estación del año hará rizar su cabello, se pondrá medias de seda y zapato de charol, y con su pañuelo de batista en la mano, se irá á pasear por debajo de los arcos de la calle de Rivoli. Algunos años después se le ve paseando por las aceras, cargado de espaldas, el color encendido, el cuello rodeado de un pañuelo encarnado, el aire desdenoso, y bordado de botones. Si encuentra á alguno de sus amigos, vereis tomarle y menearle la mano con la mas benévola brutalidad.

Salido del país mas aristocrático del universo, el inglés de París se cree dispensado de toda urbanidad para con aquellos que mira como sus subalternos. Al entrar en una tienda á comprar una corbata ó un par de guantes, jamás lleva la mano al sombrero, porque allí no ve señoras, sino mugeres. Recibe con formalidad los cumplimientos de su zapatero y de su sastre, sin dirigirles una palabra de urbanidad, sin dignarse ofrecerles una silla. Tiene en gran estimación la riqueza. Ha trocado la significación de la palabra *respectable*, apartándola de su significación primitiva, y aplicándola exclusivamente á la opulencia real ó aparente. A *respectable man* es un hombre que se presenta bien vestido. A *man of the very first respectability* es un rico propietario. Un sabio, un poeta, un abogado modestamente vestido, por grande que sea su mérito, no serán un *gentleman*, ni un *respectable man*.

El inglés de París frecuenta poco los teatros, porque, aun después de haber residido allí muchos años, no comprende la lengua francesa lo bastante para gustar de las largas relaciones de un drama, ó de las gracias de un Vaudeville. Algunas veces se llega á la Gran Opera á contemplar las decoraciones; la moda lo arrastra á la ópera italiana, que aguenta como una triste necesidad de la vida fastuosa; sigue las representaciones de Carler y de Van Amburgh, en la dulce esperanza de verlos devorados de las fieras; pero sus principales placeres son gastronómicos, y el jefe de Vefar vale para él lo que todos los cantantes del mundo con *mi* ó sin él.

Se han abierto en París muchas tabernas inglesas; pero los verdaderos *gentlemen* no entran jamás en ellas. Se las deja á los *grooms*, á los *tigres*, á los *jockeys*, á los lacayos de chaleco encarnado y calzon de ante. También se encuentra en ellos dependientes de escritorios, literatos, y otros sujetos sobrios por necesidad. Un guisado con patatas, un vistec, un asado con su limón al canto, componen toda la lista. Aunque se le ofreciera al dueño todo el oro del mundo, no podría servir un pollo asado. No es la variedad el distintivo de estas casas.

El inglés de París alaba esa cocina nacional; pero no la usa: su estómago es menos patriota que su corazón. Donde comunmente satisface su gula es en las fondas de los baluartes de Gante ó del Palacio real. Mirad qué bien se despacha, solo, en un gabinete bien cerrado, muy grave delante de una mesa rebuitida. ¿Habrá entre los vivientes uno mas capaz de dirigir una lista de cubiertos? ¿ó un francés que pueda habérselas con un catador británico? Después de haber engullido una comida de tres servicios, después de haber reemplazado Volney con Burdeos, y éste con Champaña, se levanta el inglés de la mesa sin dar un traspie, arrogante como un atleta después de un recio combate. A la verdad, poco después se apodera de él una terrible somnolencia tanto mas victoriosamente porque desconoce las ventajas del café. Da algunas vueltas por los pasajes, echa sus ojeadas á las modistas, y se mete en su casa á entregarse á las delicias digestivas del sueño.

Aunque el inglés esté persuadido, á pesar de los sarcasmos de lord Byron, de que Albion es exclusivamente la patria de las bellezas, no se desdena de hacer la rueda á las parisienas. Las mugeres de mala vida, las *loretas* se lo disputan, porque lo miran como á una personificación de la riqueza, y los terciopelos, las telas de raso, las plumas, los diamantes, que suponen ha de prodigar, lo rodean de una areola iluciente. El que dé una vuelta por los pasillos del teatro de la Opera en una noche de máscaras, vera que por allí pululan los ingleses: allí se dejan cegar por las zalamerías de las mugeres galantes: allí hacen con ellas el papel de hombres de una fortuna inmensa: allí tienen la felicidad de quedarse muy pagados de sus conquistas venales, á cuyos pies depositan los homenajes de un corazón sensible y de una espléndida cena. Dichosa y bienaventurada la que puede coger á un inglés en sus brazos! Por poca maña que se dé, saca un producto cuantioso de la credulidad de su víctima, y dejará al insular en cueros, pero siempre contento.

Entiéndase que esto se dice de los ingleses célibes, y no de los honrados padres de familia. Estos hacen una vida retirada, pasando las largas veladas rodeados de sus numerosos hijos. Su mayor distracción es tomar té. En todas las estaciones, sin dejar aun la canícula, los verás sentados al rededor de una olla humeando, sirviéndose tazas de esta infusión sudorífica.

Fieles á su rigorismo anglicano, no consienten los padres de familia en día de domingo ni música, ni baile, ni espectáculo ninguno. Solo después de haber asistido á los ejercicios religiosos, se emancipa el inglés de París. Monta en su vagon, va á respirar el aire infesto de los albañales de Versalles, y se pierde en el laberinto de tiendas de lienzo establecido con el nombre de *Todas las glorias de Francia*. El inglés profesa una predilección particular á las *grandes aguas*. La necesidad de estar dos horas de planton en el desembarcadero, con pretexto de ganar treinta minutos en el pasaje, el miedo de ser esparrancado por una explosión, la rapacidad de los fondistas de la ciudad de Luis XIV, la monotonía, la efímera duración del espectáculo hidráulico, nada le desanima, nada resfria su ardiente curiosidad.

Si se cansasen los franceses de las grandes aguas, siempre quedarian suficientes ingleses para honrar el espectáculo.

Por lo que toca á las inglesas, se distinguen en medio de toda la población femenina de París. Sus rubios cabellos, su belleza deslumbradora, las hacen notables en las Tullerías ó en los baluartes; pero cuando uno vuelve los ojos á contemplar sus encantos físicos, se los llevan en pos de sí las parisienas con la elegancia y buen gusto de sus trages. Las inglesas que he visto en París, tienen, lo mismo que las de Londres, unos trages mas singulares que graciosos. Su tocado jamás está en armonía con su calzado: llevan zapatos comunes en los pies, y en la cabeza un sombrero con plumas encima de una ropa ligera se encajan un pesado chal, y se sobrecargan de pieles aun en el mes de junio. En los bailes, en los teatros, y hasta en los convites, se presentan muy escotadas, para lucir sus llenas y blancas espaldas. Con todo, no seria justo tratarlas de desenvueltas: las *misses* y las *ladies* son exageradamente recatadas. Los equívocos, tal vez algo groseros, que algunos franceses se consienten aun en medio de una concurrencia escogida, las anécdotas escandalosas que refieren, llenan de indignación á las mugeres de la Gran Bretaña, acostumbradas á la mayor modestia, y tienen muchas veces ocasion de repetir:—¡Oh! ¡es cosa chocante! ¡chocante de todas veras! ¡Oh, shocking! ¡shocking indeed!

Blancas y coloradas, las jóvenes inglesas, á pesar de su poca animación, han inspirado frecuentes pasiones, cuyas consecuencias, mas ó menos romancescas, han figurado en los fastos de París. La joven inglesa, sentimental y platónica, ama á los *Laras* y á los *Childe-Harold*. El hombre sencillo, honrado y modesto, enemigo de lucir, no hace en ella impresion. Pero el príncipe polaco, dueño de inmensos bienes confiscados, el aventurero disfrazado con algun título de contrabando y con una condecoración apócrifa... ¡Oh! ¡what sweet creatures they are!

Los ingleses están dotados de una voracidad extraordinaria. Entre almuerzo y comida se meten en alguna pastelería, y engullen cantidad de los pesados y apelmazados pasteles á la inglesa, que si se usaran por proyectiles, eran capaces de descalabrar á un hombre á distancia de cien pasos. Este extraordinario no les quita el apetito para comer opíparamente y tragarse *sandwiches* al tiempo de tomar el té. En vista de esto, no sabe uno cómo conciliar sus figuras de espadaña con su apetito devorador.

Las precedentes observaciones muestran que los ingleses se parecen en algo á los judíos, y que llevan su país en la suela de sus botas. Trasplantados á Francia, allí conservan su tipo nacional, sus costumbres y sus preocupaciones. Defienden tercamente la supremacía de la patria que han abandonado. Esa estabilidad de las convicciones nacionales es lo que en Europa da su fuerza á la Inglaterra. Los franceses tienen un pronto, un entusiasmo, seguido muchas veces del desaliento; los ingleses se distinguen por una persistencia lenta y sistemática. La natural inquietud y volubilidad de los franceses los arrastran á revoluciones interminables: los ingleses, lo mismo que sus máquinas, se mueven por evoluciones casi invariables. Llevados del desarreglado amor al progreso, destruyen los franceses sin cesar lo que han establecido sus padres: contenidos por el miedo de ir de mal en peor, sus vecinos conservan cuando menos sus instituciones.

El patriotismo es en Francia menos obstinado que en Inglaterra; pero no por eso menos ardiente. En mi libro de memorias he recogido una porción de rasgos curiosos de que tal vez me valdré en otra ocasion. Después de haber pintado la Suiza en el *Verdugo*, y á Venecia en el *Bravo*, tal vez llegará día en que tome algo de los anales de la antigua ó moderna Francia, y entre mis relaciones insertaré descripciones de este país que hasta ahora apenas conozco, pero en el cual he visto ya sitios pintorescos, y revestidos de un carácter particular. Entre los rasgos de que he hablado ahora mismo, tengo á mano uno sacado de la historia de Luis XIII, y de las tradiciones de una población pequeña de la Borgoña. Cuando me he propuesto presentarlo á mis compatriotas para su instrucción, he tratado de conservarle todo el colorido que estaba revestido en los documentos originales.

Era el 24 de octubre de 1636: Mr. Felipe de la Mothe-Houdancour, caballero de Malta y gobernador de la pequeña ciudad de Bellegarde, en la Borgoña, acababa de comer y estaba saboreando tranquilamente un vaso de vino. Frente por frente estaba sentada una joven, cuyo interior no parecia tan tranquilo, porque tenia la cabeza apoyada en una de las manos, y en la otra una carta sobre la cual caian algunas lágrimas silenciosamente.

Mr. de la Mothe-Houdancour lo advirtió, se acercó á la muchacha, y mirándola atentamente:

—¿Qué quieres, le dijo, Magdalena, podías esperar una solución mas favorable? Seguiste hasta este pueblo á Mad. de Bellegarde, y nuestro padre creyó haber asegurado tu felicidad agregándote á la muger de un gran escudero de Francia. Encontraste por casualidad á un tal Pedro Desgranges, hombre honrado sin duda, pero por otra parte ordinario, que se prendió de tí: tuvo la audacia de pedir tu mano; mi padre lo rehusó; tú insististe, y mi padre me escribe ordenándome que te lleve á San Juan de Lona, al convento de madres Recoletas de la orden de Beaune: es sin duda una reclusión severa, pobre hermana mia, pero digna de un verdadero caballero, y el deber de nosotros dos es conformarnos con ella.

El tono resuelto de estas palabras redobló el dolor y los sollozos de Magdalena de la Mothe.

—Vamos, repitió el caballero, no llores más, porque me vas á hacer llorar tambien, y las lágrimas no le están bien á un militar. Déjame bastante ánimo para hacerte algunas reflexiones. Mira, hermana mia, nosotros no somos lo que los Fusses de Beaune, enroncados con los Courtenay y los Montmorency. Nosotro, no hemos dado tantos magistrados como los Fyot al parlamento de Borgoña. El señorío de Houdancourt-en-Brie, por el cual mi padre ha rendido homenaje al rey Enrique III, no es mas que una dependencia del condado de Beaumont-sur-Oise; pero no por eso dejamos de tener el corazón lleno de un orgullo fundado, supuesto que estamos sirviendo al rey á costa de nuestra sangre y de nuestra fortuna. ¡Repara cómo se va elevando nuestra familia! Mi hermano Antonio gobernador de Corbie; Claudio, vuestro hermano mayor, capitán de la caballería ligera del duque de Mayena, murió gloriosamente cubierto de heridas recibidas en el sitio de Montpellier, y yo, que en aquel tiempo no era mas que el corneta de su compañía, hoy día, á la edad de treinta y un años, soy maestro de campo de infantería, y gobernador de Bellegarde, y si Dios me ayuda, no pienso

parar aquí... ¿Querías que un plebeyo llegase á ser el cuñado de un mariscal de Francia?

—Todavía no lo eres, dijo Magdalena medio sonriendo. —¡Paciencia!... respondió el gobernador: entretanto es averiguado que ese Pedro Desgranges pertenece á una familia ordinaria.

Es regidor primero, hermano mio, y ese es un cargo honroso, que á los que lo han desempeñado veinte años en París les da el privilegio de nobleza y el derecho de tener armas timbradas con cimera y soportes.

—Parece que estás bien enterada de lo que concierne al cargo de regidor, respondió Felipe con tono burlon; pero ni estamos en París, ni hace mas que dos años que lo es Pedro Desgranges. Y porque joven todavía ha merecido la confianza de los notables de una pequeña ciudad, porque tiene la ventaja de vestir un traje negro con grandes mangas y una toga de doctor, cree que puede aspirar á la mano de una hija de la Mothe-Houdancour. ¡Ah! si hubiese tenido la osadía de ponerse en mi presencia, si hubiese venido á proponerme su proyecto, creo, Dios me perdone, que hubiera dado orden á mis criados para que lo echaran á palos...

Magdalena hizo un gesto de indignación. —Anunciad al señor Pedro Desgranges, primer regidor de San Juan de Lona, dijo una voz en el pasillo que conducía á la sala en que se hallaba Mr. de la Mothe-Houdancour con su hermana.

—¿Qué quiere decir esto? gritó el gobernador de Bellegarde, mirando á su hermana cortada y temblorosa.

Un soldado abrió la puerta y se presentó Pedro Desgranges. Era un hombre de unos treinta años, de alta estatura, de rostro varonil, espresivo y regular. Su pecho iba cubierto de una armilla de ante, y ceñía una larga espada. El caballero se adelantó hácia él, cruzó los brazos, y lo miró de pies á cabeza con aire de sorpresa, en que se podía divisar cierta curiosidad desdenosa.

—¿Qué os trae por acá? ¿es acaso alguna treta armada entre vos y mi hermana? ¿A qué es ese aparejo guerrero? ¿Os habeis metido aquí dentro tal vez para desafiarme y obligarme á batirme?

—No tal, caballero, dijo friamente Pedro Desgranges caminando apenas una mirada con Magdalena: ni vengo á desafiaros, ni hablaros de mis sentimientos... Vengo á reclamar el auxilio de vuestro brazo...

—¿Qué quiere decir esto?

—Esto quiere decir que el enemigo está á las puertas de San Juan de Lona, y que cuatro divisiones han invadido la Borgoña.

—¿Cuatro divisiones!

—Las tropas del duque Carlos de Lorena, las del emperador á las órdenes de Mr. de Gales, el cuerpo español del marqués de San Martín, y el del Franco-Condado mandado por el capitán Gana. Muchas villas muradas, tal como Pouilly, Saint-Seine, Beaumont, Lacey, Noiron-sur-Baize, han sido tomadas por sorpresa y entradas á saco. Los vecinos de Mirebeau de Arzon y de Trocheres, los monges del priorato de San Lege, han entrado esta mañana en nuestra población, por librarse del furor de los creatas, que recorren la campiña. Tal vez dentro de pocas horas caen sobre nosotros cincuenta mil hombres.

—¿De qué fuerzas podeis disponer? preguntó precipitadamente el caballero.

—Ya sabeis que la peste ha hecho estragos en San Juan de Lona. De seis compañías del regimiento de Conty que componian la guarnición, no quedan mas que ciento veinte soldados. Esta mañana han llegado embarcados de Auxonne doce voluntarios bien equipados; todos los caballeros de las inmediaciones han abandonado sus castillos para reunirse. El número de habitantes capaces de tomar las armas sube á unos cuatrocientos.

—¿Cómo las tropas francesas no han detenido la marcha de los imperiales?

—El cardenal de Lavalette con cuatro mil infantes y mil ochocientos caballos, y el duque de Veimar á la cabeza del ejército de los cuatro círculos de Alemania, han seguido la marcha del enemigo sin arriesgar un combate, y se han reunido en Dijon, donde está el príncipe de Condé, para tener consejo de guerra. Yo he enviado un propio al príncipe pidiéndole socorro.

—¿A qué fin os habeis tomado ese cuidado, caballero? esa es incumbencia de Mr. Claudio de Rochefort, marqués de Saint-Point, que es el gobernador de San Juan de Lona.

(Se continuará.)

La huérfana del Pirineo (1).

(Continuacion.)

CAPITULO XVI.

EN QUE SE CUENTAN LOS SUCESOS DE AQUELLA NOCHE.

Pero Carolina á pesar de la invitación del coronel, permaneció en pie.

—¿Habeis oído? preguntó después de un momento de silencio.

—¿Los tres silbidos? contestó aquel.

—No, no: el grito que me ha hecho estremecer.

—Vamos, ya veo que esta noche todos son misterios é ilusiones. Pero pasemos si os place á las realidades. Tenemos, condesa, la novedad de que las tropas de Napoleon pisan ya el territorio español.

—Me lo han dicho, German.

—¿Quién? preguntó éste admirado.

—El que los ha venido siguiendo desde Bayona.

—¡Ah! ¿Segun eso habeis recibido algun message?

—Así es.

—¿Que habrá entrado en vuestro aposento por la ventana?

—¿Cómo lo habeis sabido?

—¿Con que es cierto?

—No lo niego, D'Herville.

(Sigue á la pág. 78.)

(1) Véanse los números anteriores.

CUADRO SINÓPTICO DE LA GEOGRAFIA UNIVERSAL, POR DON NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO Y SUAREZ-MOSCOSO.

EUROPA. (CONTINUACION.)

NACIONES.	MARES.	RIOS.	MONTES.	VOLCANES.	CABOS.	ISLAS.	LAGOS.	RELIGION.	GOBIERNO.	CIUDADES.	HABITANTES.	OBSERVACIONES.
REPUBLICA DE FRANCIA.	Atlántico.	Rhin.	Pirineos.			Oreáns.		Católica con tolerancia de otros.	República con aristocracia.	París (Capital).	55,000,000.	La Francia, una de las primeras naciones del mundo por su civilización, comercio e industria, goza de un excelente clima. Divide en ochenta y seis departamentos y veintidós divisiones militares. Posee en América, la Guayana y las islas de la Guayana Francesa, las Marquesas de Melanesia, la Guadalupe y la Guadalupe y la isla de la Argelia y la isla de la Argelia.
REINO DE ESPAÑA.	Mediterráneo.	Júcar.	Alpes.			Cerdeña.		Católica exclusiva.	Monarquía representativa.	Madrid (Capital).	4,300,000.	Compiénese esta monarquía del reino de León, los duques de Saboya, Génova, y del Piemonte. Divide en diez intendencias y cuarenta y tres provincias.
REINO DE PORTUGAL.	Atlántico.	Tago.	Caldeirão.			Coruña.		Católica exclusiva.	Monarquía representativa.	Lisboa (Capital).	5,350,000.	El Portugal está formado del reino de este nombre, el de Algarve, las islas Azores, las de Madeira y Porto Santo, las de Cabo Verde, las de las Azores, las de Angola, Benguela, Cabinda y Mosambique. En África, las ciudades de Goa, Damão y Diu, y la isla de Diu en Asia, y la isla de Fernando Noronha en América. El Portugal y Algarve se dividen en seis provincias subdivididas en treinta y seis comarcas.
REINO DE SUECIA.	Atlántico.	Guadiana.	Alpes.			Cerdeña.		Católica exclusiva.	Monarquía representativa.	Estocolmo (Capital).	11,000,000.	La gran monarquía española, recuerda no más de lo que fué en otro tiempo, está formada por los estados siguientes. Reinos de León, Galicia, Asturias, Toledo, Aragón, Navarra, Valencia, Murcia, Jaén, Sevilla, Córdoba, Granada y Mallorca; principados de Asturias y Cataluña, Aragón, Vizcaya y Molina, y provincias de Extremadura, Alentejo y Guipúzcoa. En África, Ceuta, Melilla, Peñón de la Gibraltara, y las de Fernando Po y Annobon. En América, las grandes islas de Cuba, Puerto Rico, Pinar y otras menores. En Oceanía, las islas Batanes, las Bahayanes, el numeroso archipiélago de las Filipinas y los de las Marianas y Carolinas. La Península española y las islas adyacentes, están divididas en cuarenta y nueve provincias, las posesiones de ultramar forman gobiernos militares. La población total es de 13,000,000 de almas. El clima es apacible y sano.
REPUBLICA DE ANDORRA.		Rhin.	Alpes.			Cerdeña.		Católica exclusiva.	República.	Andorra (Capital).	6,500.	Divídese este pequeño estado en seis parroquias. Su clima es frío. El comercio es bastante activo.
REINO DE LAS DOS SICILIAS.	Mediterráneo.	Volturno.	Alpes.			Cerdeña.		Católica exclusiva.	Monarquía representativa.	Nápoles (Capital).	7,420,000.	Los dos reinos de Nápoles y Sicilia, forman esta monarquía, dividida en veinte y una intendencias (de las que quince pertenecen a Nápoles), y setenta y cinco distritos. El clima es seco y el aire y cielo puros.
ESTADOS PONTIFICIOS.	Mediterráneo.	Tiber.	Alpes.			Cerdeña.		Católica exclusiva.	Teocrático.	Roma (Capital).	2,550,000.	Divídese estos estados en veinte y una provincias que llevan el nombre de legaciones. Está bajo la protección del gobierno de este país la república de San Marino.

GRAN DUCADO DE TOSCANA.	Mediterráneo.	Arno.	Alpes.			Cerdeña.		Católica exclusiva.	Monarquía representativa.	Firencia (Capital).	1,275,000.	Se divide en cinco provincias. A este gran ducado está incorporada la antigua república de Pisa.
DUQUADO DE PARMA.	Mediterráneo.	Po.	Alpes.			Cerdeña.		Católica exclusiva.	Monarquía representativa.	Parma (Capital).	440,000.	Compiénese este estado de los tres antiguos ducados de Parma, Plasencia y Guastalla.
DUQUADO DE MODENA.	Mediterráneo.	Po.	Alpes.			Cerdeña.		Católica exclusiva.	Monarquía representativa.	Modena (Capital).	530,000.	Está dividido en tres distritos.
DUQUADO DE LUCAS.	Mediterráneo.	Arno.	Alpes.			Cerdeña.		Católica exclusiva.	Monarquía representativa.	Lucas (Capital).	145,000.	
PRINCIPADO DE MONACO.	Mediterráneo.	Algarve.	Alpes.			Cerdeña.		Católica exclusiva.	Monarquía representativa.	Monaco (Capital).	6,530.	Es el estado mas pequeño de Europa.
REPUBLICA DE SAN MARINO.	Mediterráneo.	Arno.	Alpes.			Cerdeña.		Católica exclusiva.	República.	San Marino (Capital).	7,000.	Es el estado mas antiguo de Europa, pues data del siglo III.
REINO DE GRECIA.	Mediterráneo.	Arno.	Alpes.			Cerdeña.		Católica exclusiva.	Monarquía representativa.	Atenas (Capital).	900,000.	Este reino, que como tal cuenta muy pocos años de existencia, ha vuelto a dividirse en las mismas provincias que lo estuvo en la antigüedad. Llámanse nomos, que se subdividen en eparchías y son en el continente: Eolia, Focida, Beotia y Aetolia, en la península de Morea, la Acaya, la Argólida, Eolia, Arcadia, Mesenia y Laconia.
IMPERIO OTOMANO.	Mediterráneo.	Arno.	Alpes.			Cerdeña.		Católica exclusiva.	Monarquía representativa.	Constantinopla (Capital).	9,000,000.	La Turquía fué uno de los mas grandes imperios, y aunque hoy muy decayó, conserva suficientes dominios en Europa, Asia y África que le han permitido su población a 21,000,000 de habitantes. La Turquía Europea divide en nueve legaciones: la de Buda, la de Albania, la de Macedonia, la de Tesalia, la de Bulgaria y los principados de Moldavia, Servia y Valaquia. La Turquía Asiática, comprende el Asia Menor, Capadocia, Siria, Asiria, Mesopotamia, Palestina y parte de Armenia, y se divide en sus legaciones de Tripoli y Tunes, situados en África, son tributos del Imperio Otomano.
REPUBLICA DE LAS ISLAS IONIAS.	Mediterráneo.	Arno.	Alpes.			Cerdeña.		Católica exclusiva.	República.	Corfu (Capital).	200,000.	Constituyese esta república en 1814. Es aristocrática y federativa, está bajo la protección de la Inglaterra.

ASIA.

Esta parte del mundo es la mayor de las tres en que se divide el Continente antiguo, y en ella tuvieron su cuna el género humano, la religión, las ciencias y las artes. Ocupa parte de las tres zonas, y es por lo mismo de clima muy vario, desde el mas frío hasta el mas templado. Su suelo es riquísimo en producciones de toda especie. Su longitud es de dos mil trescientas leguas, y la latitud de mil novecientas. Tiene de población como 465,000,000 habitantes procedentes de las razas Caucásica, Mongólica y Malaya. Divídese comúnmente en nueve grandes regiones, repartidas en muchos Estados, que son la Turquía Asiática, la Arabia, la Persia, el Turkestan, la India o Indostan, la China, el Japon y el Asia Russa.

NACIONES.	MARES.	RIOS.	MONTES.	VOLCANES.	CABOS.	ISLAS.	LAGOS.	RELIGION.	GOBIERNO.	CIUDADES.	HABITANTES.	OBSERVACIONES.
SINIERIA o RUSSIA ASIÁTICA.	Glacial.	Olenok.	Urals.			Amur.		Cristiana griega.	Absoluto.	Tobolsk (Capital).	41,600,000.	Ocupa próximamente el tercio del Asia. Su clima es en general muy frío, siendo insostenible el frío y el calor. Divídese en dos partes llamadas Oriental y Occidental subdivididas en nueve gobiernos. Los indígenas son medio salvajes, ignorantes y supersticiosos y están sujetos al emperador de Rusia. Abunda este país en peletería y minerales.

(La continuación en el número inmediato.)

—Decidme, condesa; ¿era hombre ó muger, el que os ha traído la noticia?

—Era un hombre.

—¡Imbécil! murmuró D'Herville. El miedo le ha hecho ver visiones.

—¿De quién hablais?

—De Damian; que me ha llenado la cabeza de cuentos de viejas, de lo que os he dicho que el miedo le tenía embargados los sentidos. Y tanto, que hasta los granaderos franceses que le han hecho fuego, los ha creído fantasmas ó seres del otro mundo.

—¡Ah! ¿Con que ha creído que era muger?

—Ya os he dicho que el miedo le tenía embargados los sentidos. Y tanto, que hasta los granaderos franceses que le han hecho fuego, los ha creído fantasmas ó seres del otro mundo.

—¿Es decir que también Damian los ha visto?

—Su capusay, ha recibido media docena de balas.

—¡Pobre muchacho! dijo Carolina alisándose el cabello.

—Ha sido un milagro el que no lo hayan muerto. Pero vamos á lo que importa. El enemigo está cerca: parece que ha esparcido destacamentos por los pueblos de la frontera... ¿con qué objeto? lo ignora.

—Eso es de vuestra incumbencia, amigo mio: sois militar y debéis adivinarlo.

—No es tan fácil como pensais. Yo creo que se han propuesto una de dos cosas.

—¿Veamos.

—Ocultar su marcha, reteniendo en los caseríos á todos los habitantes, ó sabedores de nuestra permanencia en estas inmediaciones, prendernos y conducirnos al fuerte de San Miguel (1). En cualquiera de ambos casos, corremos un gran riesgo si permanecemos aquí. y yo soy de opinion de que abandonemos esta casa: yo tengo hechos ya mis preparativos.

—Avisado sois, coronel; dijo Carolina sonriéndose.

—La cosa lo merece.

—Pues yo me quedo: dijo Carolina. En cuanto á vos, creo que será cordura el que os marcheis. Si vienen, me será fácil disfrazarme, y como probablemente ninguno de ellos me conoce personalmente, podré pasar por una honrada lugareña.

—Olvídis una cosa muy esencial.

—¿Cuál es?

—Que el famoso bailarín... vuestra pareja... el comandante Bertholon manda parte de esas tropas.

—¡Oh! exclamó Carolina tornándose livida al oír este nombre, como la primera vez que lo escuchó: en ese caso me quedo con doble motivo.

—Haced lo que gustéis: en todo evento tened presente que ya os lo he prevenido.

—Id sin cuidado, D'Herville.

—Pondré en vuestro conocimiento el sitio en que me encuentre: es preciso que medie entre los dos una activa correspondencia.

—Opino de la misma manera, amigo mio.

—Actividad mas que nunca, condesa.

—¡Oh! Perded cuidado, dijo Carolina con una sonrisa extraña.

—El tiempo urge: antes de marchar os pregunto por última vez: ¿habeis sido causa de la desaparición de Inés?

—Sois caviloso en demasía, D'Herville. Daria cuanto poseo por saber su paradero. Y podeis estar seguro de una cosa: si averiguo donde se encuentra, os lo aviso: entonces id á buscarla, y lleváosla lejos, muy lejos de aquí.

—Confío en vos, Carolina. ¿Con que os quedais? Mirad bien lo que haceis.

—Me quedo: lo he resuelto ya.

—Pues adios: yo por mi parte me marcho: ¿hacia dónde? no lo sé: las circunstancias lo han de decir.

—¿Pero os vais solo?

—Me acompaña Damian.

—¡Ah! ¿Nuestro monaguillo? Enviádmelo aquí: quiero darle una pequeña muestra de lo muy satisfecha que estoy de sus servicios.

—Voy allá, condesa, y hasta la vista.

—Dios os guarde, coronel.

D'Herville se marchó, y Carolina se puso á escribir precipitadamente.

Cuando Damian entró, tenía en la mano la condesa una carta cerrada y un bolsillo.

—¡Hola! dijo sonriéndose al verlo: aquí tenemos á nuestro valiente. ¿Con que has tenido un encuentro con los franceses?

—Eso dice el señor German, contestó el ex-monago; pero yo creo que no eran franceses, sino almas en pena que venían echando fuego.

—Bien puede ser.

—Y luego como ví con mis mismos ojos á la *Atsô-gorria*...

—¡Oh! entonces no hay duda ninguna. ¡Pobre Damian! añadió Carolina dándole golpecitos en la mejilla. Vaya, es preciso recompensar esos trabajos. Toma este bolsillo y anda con Dios: tal vez acompañes esta noche al señor German que piensa ponerse en camino para un corto viaje.

—Gracias, señora, dijo Damian tomando el bolsillo y dirigiéndose á la puerta.

—¡Ah! se me olvidaba una cosa; repuso Carolina. Ahí tienes esa carta que es necesario hagas llegar á manos de Gaspar, el padre de Inés. O si no, mejor será que la eches por el agujero de la puerta: ella encontrará por la mañana: es cosa que le interesa mucho; con que no dejes de hacerlo esta misma noche sin falta. Lo que contiene ese bolsillo bien merece que me hagas este servicio.

—Perded cuidado señora: y en cambio, decid á Inés que la quiero como siempre.

—Así lo haré, Damian. Y por cierto que haces bien en quererla ¡es tan buena!

—Damian salió.

Mad. de Brèssens comenzó de nuevo á pasearse; esta vez vagaba en sus labios una sonrisa diabólica, y se frotaba las manos con muestras de singular satisfacción. Luego se sentó en el mismo sitio que había ocupado Felix, y su hermoso semblante cambió de expresión.

A poco rato oyó un ruido de caballos y se asomó á la ventana.

(1) Una de las prisiones de Estado de Francia.

—Adios, madama, gritaron desde afuera.

—Adios, mi fiel German, contestó ella.

—Señor, señor, gritó otra voz en el bosque.

—¿Qué es esto? murmuró Carolina.

—¿Franz eres tú, Franz? preguntó D'Herville.

—Yo soy, señor.

—Adios, señora, repitió el coronel á la condesa, que aun estaba en la ventana. Ahora voy mas seguro: tengo un nuevo compañero de viaje, fiel, y práctico en estos montes.

—Mejor, German, mucho mejor. Buen viaje y acordaos de mí. Y la condesa se retiró cerrando la ventana.

—¿Qué camino seguimos? preguntó el ex-monaguillo.

—El de Pamplona. Luego tiraré á la derecha, y tú puedes marchar ya á desempeñar mi comision. Ya te he dicho que de ti depende el llegar á ser algo ó morir á mis manos. No olvides mis pistolas.

Damian nada contestó y se puso en marcha en direccion al caserio de Gaspar.

D'Herville y Franz siguieron el camino de la izquierda atravesando el bosque.

El ex-monaguillo había reflexionado que bien podia obedecer el mandato del mayordomo, sin dejar por eso de cumplir lo que Mad. de Brèssens le había encargado. Así es que dos horas despues introducía la esquela de la condesa por la gatera de la puerta del caserio de Gaspar, y cuando hubo amanecido engullia un pedazo de pan y queso sentado tranquilamente en una de las alturas que dominan el valle, ó mejor dicho, el barranco de Zilveti, no dándosele un ardite ni por las fatigas de la noche pasada ni por las que le aguardaban aquel día que se presentaba lluvioso y frio. Privilegio concedido tan solo á las naturalezas de hierro que se encuentran en aquellas montañas.

En cuanto á Carolina, acostóse tan luego como dejó de oír las pisadas de las cabalgaduras de D'Herville y su compañero, que no podían adivinar la causa del empeño de la condesa en permanecer en la casa, á pesar de la proximidad del enemigo y de las prudentes reflexiones del coronel.

¿Pero qué suponían para Carolina aquellas advertencias? ¿No amaba ciegamente al gallardo cazador, y no era correspondida por él? A la mañana siguiente debía verlo. Debía oír de su boca aquella confesion con tanta ansia esperada... lo demás era poca cosa para ella. ¿Los franceses! Y bien, que vengan; sabrá representar de tal manera su papel, que habrán de ser muy linceos para adivinar en Mad. de Brèssens, simple labradora de Urdós, la gran señora descendiente de aquella nobleza orgullosa que tan altamente despreciaba al corso advenedizo. Podría pasar un mal rato, una noche de insomnio, pero la recompensa era dulce tambien... ¡Ah! Es que no debe despreciarse nada cuando se trata de agradar al hombre amado; y luego, toda una noche sin dormir, palidece el rostro, amortigua el fuego de las miradas, esparce por todo el cuerpo cierta lánguida pesadez que no cuadra á la muger... si fuera la languidez del placer... eso ya es otra cosa.

Como consecuencia de estas reflexiones, reclinó muellemente la cabeza en la almohada, cerró paulatinamente los ojos, entreabrió sus labios una celestial sonrisa de esperanzas inefables, y la suave respiracion que levantaba su seno en movimientos uniformes, hacia que el sueño de Carolina se asemejase al del niño que se duerme junto al pecho de su madre.

La llegada de los franceses se había borrado de su memoria; el nombre de Bertholon se había olvidado; el odio había desaparecido: solo se acordaba de su amor, segun puede deducirse de estas palabras que como un suave murmullo resvalaron por sus labios al quedarse profundamente dormida:

—Mañana... feliz.

Mientras tanto la tempestad había amainado, y algunas nubes diáfnas volaban por la atmósfera; la luna aparecía en el horizonte, y su luz pálida se infiltraba en anchas fajas por entre las ramas de los árboles. El viento, sin embargo, no había cesado, y silbaba en las quebradas; era un viento de invierno, frio y húmedo, saturado de la nieve que cubria toda la tierra.

Era un triste espectáculo el que ofrecia aquel bosque de negros y enhiestos troncos, con sus ramas sin hojas, bamboleándose silenciosamente como si saludaran á los dos viajeros que caminaban por el sendero lleno de lodo.

—Una noche de Alemania, Franz, dijo D'Herville á su compañero.

—Como aquella en que tuvimos que atravesar los pantanos de la Selva Negra. ¿Os acordais, señor? Fué una noche terrible en que oíamos los aullidos de los lobos que se disputaban los cadáveres tendidos en el campo de batalla.

—Y en la que me aburriste con tus cuentos de aparecidos, replicó D'Herville. He observado, Franz, que los alemanes sois tan pusilánimes y cobardes de noche, como serenos y valientes de día.

—Y conociendo eso, parece que os complacéis en que caminemos de noche.

—Necesidad obliga, amigo mio, segun nuestro moderno proverbio. El enemigo nos acecha, está cerca de nosotros, tú mismo me lo has asegurado; en semejantes casos no hay noche que valga; es preciso huir prudentemente el peligro y eso hacemos. Yo te aseguro que llegará día en que ellos á su vez huyan de nosotros.

—En verdad que no es grato el caminar por este bosque; pero así y todo, prefiero esto á caer en manos de los soldados de Napoleon.

—Ya luego saldremos de la espesura á terreno mas despejado. He aquí la puerta de salida. Apéate, Franz, y ábrela; está cerrada con un simple pestillo.

—No hay necesidad, señor.

—¿Cómo?

—Está abierta de par en par, y distingo pisadas en la nieve.

—¿Pisadas de hombre? ¿De quién pedrán ser?

—No, no: esta huella es demasiado pequeña para que sea de hombre.

—¡Oh, oh! exclamó D'Herville, y cruzando por su mente una súbita idea desmontó apresuradamente. Estas huellas parecen recientes: apéate, Franz, y ven á ayudarme; me parece que hemos hecho un gran descubrimiento.

Obedeció el alemán, y se bajó á examinar las huellas.

—Vamos á ver, dijo el coronel. No obremos con precipitacion y perdamos néciamente una pista preciosa.

—¡Hola! ¿con que tanto os interesais por la que indudablemente ha pasado por aquí?

—Mucho, Franz, mucho. Ya lo sabrás mas tarde; ocupémonos ahora en adivinar si estas huellas salen del bosque al campo ó viceversa; esto es de la mayor importancia.

—Cosa difícil es; pero ensayémoslo. ¿Calza zapato ó abarca la persona por quien tanto os interesais?

—Abarcas: es su calzado favorito en tiempo de nieves; pero abarcas tan pulidas y diminutas, que parecen babuchas de mugeres griegas.

—Así debe ser: casi no se distingue la punta del talon. ¿Teneis una cinta, una cuerda ú otra cosa semejante?

—¿Para qué?

—Para medir la huella. ¡Ah! No hay necesidad; ha salido del bosque al campo; ahora lo veo claro, gracias á ese rayo de luna.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Segurísimo.

—En ese caso sigamos adelante: tal vez la alcancemos.

—Con tal que no se nos oculte la luna...

—Adelante, adelante: abre los ojos por tu vida, Franz, y sigue la pista aunque nos conduzca á los infiernos.

—Creo, señor, que si no nos conduce allí no le andará lejos: mirad.

—¿Qué hay?

—Que se separan las huellas del camino trillado y se dirigen por esta senda que va á parar al despeñadero de Arrlecú.

—No importa.

—Reparad que nos vamos á precipitar al rio como unos necios.

—En marcha, te digo, ó iré yo solo.

—¡Headstrong! murmuró Franz en inglés, y siguió andando examinando cuidadosamente las huellas.

Pero este examen ofrecia serias dificultades, segun observó el compañero del coronel; el sendero, despues de bajar por una rapida pendiente, desembocaba en una pequeña plataforma, á cuyo pie y á una profundidad de muchos centenares de varas, bramaba un torrente engrosado con las nieves y aguaceros de aquellos días. Desde la plataforma arrancaba otra senda que seguía bordeando el precipicio, y por la cual apenas se podia transitar de día sin exponerse á caer de aquella altura prodigiosa. Las huellas atravesaban la plataforma y se dirigían por el sendero.

—Adelante, Franz, gritó el coronel. Dejemos aquí los caballos, porque dudo que puedan sentar los cascos en ese angosto camino abierto en la Peña; luego volveremos á recogerlos.

—Volverá el que vuelva. Yo creo que podemos despedirnos de ellos para siempre.

—En marcha mi buen Franz; no debemos estar muy distantes de la fugitiva.

—Yo creo que á estas horas su cuerpo vá rodando por las aguas del torrente.

—Vive Dios, que nunca te vi tan cobarde.

—Muchas gracias señor: seguidme y ya veremos quién se cansa antes. ¡Malditas sean, amen, todas las mugeres!

Como lo había previsto el alemán, iba haciéndose sumamente peligroso el camino.

A la derecha se elevaba como un muro de muchos pies de altura una Peña tajada, cuya superficie tersa no ofrecia el menor asidero para sostenerse. El camino era angosto, hasta el extremo de que justamente podia caminar una persona de frente. A la izquierda no se divisaba mas que la oscuridad profunda de una sima, en cuyo fondo rugían siniestramente las aguas turbias del torrente. La luna se iba ocultando paulatinamente tras de un grupo de nubes, y solo iluminaban el paisaje los débiles reflejos de la nieve.

De repente Franz se paró, mostrando con la mano á D'Herville una masa negra que ocupaba el sendero. El coronel corrió hacia aquel sitio con grave riesgo de su vida, y lanzó un sonoro grito que despertó los lúgubres ecos de aquella comarca desolada.

—¡Inés, Inés! exclamó; muerta, Dios mio, muerta. ¡Ah!... Y levantó el puño cerrado hacia el firmamento; muda y sacrilega amenaza, que demostraba el dolor y la desesperacion de aquel hombre.

Franz se acercó á Inés, y poniendo la mano sobre su pecho, exclamó:

—No está muerta, señor; siento palpar su corazón.

—Pronto, Franz, pronto, amigo mio: carguémosla en hombros y volvámos á la plataforma.

—Eso es fácil decirlo, murmuró Franz, mientras D'Herville cubria de besos el pálido y helado rostro de Inés, como si con ellos quisiera volverla la vida.

—Cógela tú por los pies, amigo mio; yo la tomaré por los brazos y hagamos un esfuerzo.

Franz se disponia á ejecutar la orden de su amo, cuando vió asomar al borde del camino y saliendo de la oscuridad, una cabeza cubierta de cabellos largos y flotantes. A la cabeza se siguieron unos hombros robustos: unidos á estos, unos brazos nervudos y gruesos, y luego sucesivamente un cuerpo colosal.

A su vista retrocedió Franz dejando caer en el suelo á Inés. D'Herville se estremeció y no pudo contener un grito de espanto.

El coloso, entre tanto, tomó á Inés en sus brazos con la facilidad con que pudiera verificarlo con una rama de helecho, y se mantuvo silencioso é inmóvil entre el coronel y Franz, á quienes el terror tenia anonadados.

—Berá (1), pronunció una voz chillona que parecia bajar de las nubes, y el coloso fué desapareciendo en las lóbregas profundidades, llevando en brazos á Inés: aquella desaparicion fué lenta, pausada, como las de esas figuras que se hunden en los teatros por escotillon.

Inés y el coloso se hundieron al fin: quizás se precipitaron en aquella sima.

D'Herville miró á Franz, cuyos cabellos estaban erizados como las cerdas del lomo de un jabali, y por un movimiento simultáneo huyeron hacia la plataforma.

Entonces se presentó en el sendero desierto una anciana cubierta de ropas encarnadas; soltó una carcajada seca y desapareció por el mismo sitio que lo había verificado el taciturno coloso, llevando en sus robustos brazos á Inés desmayada, medio muerta.

(1) Abajo.

CAPITULO XVII.

LA MARCHA.

Las tres y media de la tarde serian sobre poco mas ó menos, cuando una larguísima columna de tropas caminaba por el angosto valle de Esteribar. La priesa con que marchaban podia justificarla el frio intenso que se hacia sentir: era el día 12 de febrero y el viento norte silbaba en aquellos parages cubiertos de nieve: los soldados de que se componia la columna hablaban un idioma extranjero, y estrechaban sus filas cada vez que tenian que atravesar algun pequeño bosque desprovisto de frondosidad, como si temiesen que los troncos de los árboles pudieran ocultar algun enemigo. Aquellas tropas iban cansadas y se conocia que su marcha habia sido larga y rápida.

Al despuntar la aurora de aquel día habian pasado por los famosos desfiladeros de Roncesvalles; á las ocho y media descansaron en el pueblo de Espinal; á las diez atravesaron el pueblo de Erro, y á las doce comian el rancho en Iroz.

Tan precipitada marcha causaba asombro á los habitantes de aquella comarca, y este crecia de punto al ver uniformes extraños y hombres cuyo idioma no comprendian. Mirábanlos pasar con cierta curiosidad mezclada con buena dosis de desconfianza; saludaban al grupo de gefes que caminaba á la cabeza, y luego volvían á sus casas comentando al lado del hogar tan singular acontecimiento.

El general que mandaba la columna preguntó á un transeunte que por acaso encontró en el camino:

—¿Qué pueblo es aquel que se descubre allá abajo, buen amigo?

A esta pregunta hecha en vascuence de la estrema frontera, contestó el caminante:

—Asiturri.

—¿Hay algun puente próximo para pasar el río?

—A un cuarto de legua escaso encontrareis uno.

—Gracias, buen amigo, y Dios os guarde.

—Buen viaje, respondió el transeunte, y prosiguió su camino silencioso y pensativo.

Cada vez que el jefe dirigia alguna de estas preguntas, notábase que hablaba antes en voz baja con otro que caminaba á su lado. Era este un intérprete que dictaba las preguntas y traducía las respuestas.

Luego que obtuvo esta noticia, desdobló un pequeño mapa, y despues de haberlo mirado con atencion y marcado con lápiz algunos puntos, dijo en francés correcto al que caminaba á su lado:

—Por vida mia, comandante Bertholon, que me veo obligado á confesarme vencido.

—Ya os lo dije, general, contestó el interpelado; es una marcha demasiado larga, y dudo mucho que lleguemos esta noche á Pamplona.

—Pues ello ha de ser así; mis instrucciones son esas y ya sabeis de quién proceden.

—Una marcha de nueve leguas por semejantes caminos y en invierno, es cuanto se puede exigir de un soldado.

—Y la noche perdida, podeis añadir.

—Así es.

—¿Qué hemos de hacer? el emperador quiere que nos presentemos en las puertas de Pamplona antes que el gobernador ó el virey tengan noticia de nuestra entrada en España, y ya sabeis que cuando dice *quiero* es preciso cumplir su deseo.

—¿Y si nos cierran las puertas de la ciudad?

—No es probable, comandante: somos aliados de la España y venimos de paso; á un aliado no se le prohíbe la entrada en pais amigo.

—Pero si en una plaza fuerte.

—¡Bah! ¿Lo creéis así? preguntó el general D^e Armagnac.

—Si yo mandase en Pamplona...

—Eso es otra cosa; afortunadamente el señor marqués de Vallesantoro ni es un lince, ni quiere, ni puede estorbarnos la entrada.

—No es poca fortuna.

—Y como le pediremos el permiso con cierta cortesania... ya sabeis que los españoles se vanaglorian de ser la gente mas cortés del universo.

—Hé aquí el puente, general.

—Así es: no nos han engañado.

—¡Vaya una magnífica posición militar! exclamó Bertholon dirigiendo la vista á las alturas que dominan aquel paso. Si los españoles supieran...

—Silencio, comandante, silencio. A pesar de que yo creo que si tratasen de oponer alguna resistencia, nuestros soldados los arrollarian bien pronto.

—No conoceis como yo á la gente de este pais.

—¡Bah! Al fin paisanos: dijo D^e Armagnac en tono de desprecio.

—Es cierto; pero paisanos mas temibles en la guerra, que las tropas disciplinadas de Prusia, Rusia y Austria. Es un pueblo virgen, enérgico, entusiasta; no lo echeis en olvido, general: conservan tradiciones de independencia que forman su historia.

—¡Hola! Parece que conoceis el terreno que pisais.

—Descendemos de un mismo tronco los vascos españoles y los franceses.

—Y decís que el carácter de esta gente...

—Es el mas á propósito para guerrear.

—El emperador lo ha comprendido así sin duda; sus instrucciones nos prohiben hacer uso de la fuerza, á no ser en un caso extremo.

—El emperador sabe lo que se hace.

—De modo, querido comandante, que hemos cometido una imprudencia disparando aquellos tiros de anoche.

—Yo lo creí indispensable. Convenimos en apoderarnos con cualquier pretexto de los habitantes de la frontera, evitando de este modo el que pudieran dar parte en Pamplona de nuestro movimiento.

—Y lo conseguimos; pero segun vuestras noticias, pudo lograr escaparse aquel hombre contra quien mandásteis hacer fuego.

—Mucho lo dudo: no corría mal; pero nuestras balas son mas rápidas que la carrera del montañés mas ágil.

—De todos modos debisteis cercioraros de su muerte.

—La noche era oscura y la tempestad horrible; sin embar-

go, como sufrió dos descargas á quema-ropa, es mas que probable que si no ha muerto, cuando menos se encuentre gravemente herido. En ambos casos suya fué la culpa: hubiérase parado á la voz de *alto*, que se le repitió varias veces, y hubiese librado mejor.

—Es una desgracia; pero ya no tiene remedio. Y las demas personas detenidas ¿se las trató bien? ¿Tendrán motivos de queja contra nosotros?

—En cuanto á eso, perded cuidado, mi general. Estrañaron, es cierto, aquel arresto provisional; pero cuando se les hizo comprender que se trataba de la captura de algunos ladrones famosos escapados de las cárceles de Bayona, se conformaron.

—Supongo que entregarías por via de indemnizacion...

—A cada detenido ofreci los cuarenta francos segun vuestras órdenes...

—¿Y creerian estar bien pagados por tan pequeña incomodidad?

—Todos rehusaron el dinero.

—¿Cómo? preguntó el general D^e Armagnac asombrado ¿que lo rehusaron decís?

—No hubo uno tan siquiera que lo aceptase; contestaron que estaban muy pagados si conseguíamos la captura de los ladrones, y que en igualdad de circunstancias nos prestarían el mismo servicio si por acaso lo necesitásemos.

—Confesemos, amigo mio, que no hubiera sucedido otro tanto en Francia.

—Mucho me lo temo. ¿Pero qué es aquello? preguntó de repente Bertholon mirando á la ladera de su derecha. Por Dios vivo que me temo sea una avalancha.

—En tal caso, respondió deteniéndose el general, será una avalancha de nuevo género.

—Es una Peña que viene votando monte abajo, dijo un sargento.

—Abrid filas, abrid filas; gritó Bertholon.

Toda la columna se paró dividiéndose en dos pedazos, y dejando un vacío por el cual pasó silbando un fragmento de roca. Luego se oyeron unos gritos en la cima del monte, y á poco se vió bajar á un hombre que gesticulaba y gritaba como un desesperado.

—¡Cuidado con el alud, cuidado! voceaba sin dejar de correr con la rapidez de una flecha.

Entonces se percibió un rumor sordo como el de las olas del mar cuando empieza á embravecerse, y muy luego pudo divisarse una especie de torbellino que cubrió el firmamento; un minuto despues se presentó á la atónita vista de las tropas una enorme masa de nieve, que se deslizaba por la ladera abajo con sorprendente furia, arrastrando árboles, piedras y tierra.

Fortuna fué de los franceses el que la avalancha tropezase en su descenso con una roca disforme que resistió al choque de aquella masa, la cual se hizo menudos pedazos con la violencia del golpe; de otro modo, hubiera quedado sepultada en la nieve la mitad de la columna.

—En marcha, en marcha y á paso largo; gritó el general picando espuelas á su caballo.

Los soldados, medio muertos de cansancio, sacaron fuerzas de flaqueza en vista del peligro, y empezaron á correr hasta que saliendo de aquella angostura divisaron el lugarejo de Miravalles. Sentado en una piedra del camino encontraron á un joven, que pálido y agitado se limpiaba el sudor que corría de su frente.

—¡Oh, oh! exclamó Bertholon al verlo. Hé aquí, si no me engaño, á mi nuevo criado.

Levantó el joven la cabeza, y conociendo al que acababa de hablar, dijo:

—En poco ha estado, señor amo, el que me hubiérais esperado largo tiempo.

—¿Cómo es eso, Damian?

—El alud, el alud.

—¡Ah! ¿Eras tú el que nos gritaba advirtiéndonos el peligro?

—El mismo, mi comandante, el mismo.

—¿Qué es eso? preguntó el general acercándose.

—El paisano que nos ha librado del riesgo de ser enterrados en la nieve.

—¡Hola! ¿Y le conoceis, comandante?

—Es uno de los criados que he tomado á mi servicio.

—Os felicito por ello; parece muchacho dispuesto.

—¿Podrás seguirnos á pie? le preguntó Bertholon; de lo contrario puedes montar en un bagage.

—Estoy por lo último: me he cansado mucho hoy.

La columna prosiguió la marcha, y nuestro ex-monaguillo montó en un soberbio macho, murmurando:

—Podeis dar gracias al diablo de que me haya estraviado con la niebla y los ventisqueros del puerto; de lo contrario... pero paciencia; su día les llegará...

Y empezó á cantar alegremente como si nada le hubiese sucedido.

—¡Eh, buen mozo! le gritó un granadero que caminaba detrás de Damian.

—¿Qué se ofrece? contestó este.

—Esperadme un poco: me pareceis un camarada de buen humor, y quisiera marchar en vuestra compañía.

—Mejor hariais en montar á la grupa de mi cabalgadura, y llegariais mas descansado al pueblo en donde hemos de pernóctar.

—Sea enhorabuena, dijo el granadero acomodándose en el baste, ¡jaz nada á propósito por cierto para cabalgar.

—Con que decidme, camarada... ¿cómo os llamais?

—Marc Letonérre, para servirlos.

—Muy bien, señor Marc Letonérre ¿podriais decirme dónde dormiremos esta noche?

—En Pamplona.

—Me lo temia, murmuró Damian.

—Hermosa ciudad, segun dicen: prosiguió el granadero; pero yo conozco mas de cuatro mejores.

—¿La habeis visto, camarada?

—No; pero eso no importa: apostaria una botella de aguardiente á que esa ciudad famosa es una bicoca en comparacion de Burdeos, de Génova, de Gante y otras mil, en las cuales ha dejado uno materia para que hablen de él por mucho tiempo.

—¡Hola! ¿Habeis sido feliz, eh? Vuestro talante lo merece.

—¡Oh! superiormente feliz.

—Me parece que he hallado lo que buscaba, pensó Damian; y luego añadió en voz alta. Contadme algo de eso, camara-

da, y así pasaremos el tiempo y caminaremos mas distraídos.

—Os contaré una de mis aventuras superiores; érase en Marengo ¿sabeis dónde está Marengo?

—No por cierto.

—Pues es una poblacion que dista doce mil leguas de aqui.

—¿Justas? preguntó Damian mirando maliciosamente al granadero.

—Y cabales: contestó este con la mayor seriedad. Pues señor: el campo de batalla estaba cubierto de cadáveres, porque habeis de saber que aquel día cascamos las liendres de lo lindo á los tudescos, como los llaman en Italia; la noche se echaba encima, lo mismo que ahora, y hacia un tiempo endemoniado, lo mismo que ahora; era, en fin, una situación superiormente mala la nuestra.

—La presente no es muy buena, camarada.

—Esto es un paraíso en comparacion de aquello; pues hoy al menos hemos comido nuestro rancho, al paso que aquel día no mascamos otra cosa que pólvora. Cada uno hizo su botín lo mejor que pudo en el campo de batalla, y Marc Letonérre no se quedó atrás. Pero lo esencial era encontrar donde dormir en blando y cenar alguna cosa, y como no en valde habia yo combatido en el otro mundo...

—¿En el otro mundo? preguntó Damian con admiracion magistralmente fingida.

—Si señor, en el otro mundo.

—Os batiriais con los diablos segun eso, camarada.

—Poco menos, amiguito, pues soy de parecer de que los mamelucos y los beduinos, si no son verdaderos diablos, se les asemejan superiormente.

—No he visto jamás ni á los unos ni á los otros.

—Conservando, pues, la laudable costumbre de la campaña de Egipto, no olvidé una circunstancia que noté durante la batalla: esta circunstancia era un molino, en cuyo tejado revoloteaban bandadas de palomas. Concluyese, como llevo dicho, la batalla, y Marc Letonérre se dirigió á tientas al molino y dió con él; tengo una memoria superior para todo lo que atañe á localidades.

—Ya estais en el molino ¿y luego?

—Luego llamé á la puerta.

—Y os abrieron: adelante.

—Estais en un error, camarada, porque no me abrieron.

—¡Oh, oh! exclamó Damian, á quien iba fatigando la manera de narrar de su camarada. En tal caso, prosiguió, echarias la puerta abajo.

—Eso está bien en un recluta: Marc Letonérre se conduce de distinto modo en tales casos.

—¿Pues qué fué lo que hicisteis?

—Acercarme á una de las ventanas del piso bajo y gritar *non sono francese, sono italiano*.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir: *no soy francés, soy italiano*.

—¿Así hablan por allá?

—Así, mi buen amigo. Cuando voy á algun pais extranjero, lo primero que procuro es aprender superiormente el idioma.

—¿Segun eso habeis estado antes en este pais?

—Si: en tiempo de las guerras de la república.

—Con que hablasteis en italiano ¿y luego?

—Luego salió una muger jóven con su *bambino* al pecho, y me hizo entrar.

—¿Qué decís?

—¡Ah! es verdad: no recordaba que ignorábais el italiano. *Bambino* es lo mismo que un niño de teta.

—Vaya un modo de hablar que tienen los italianos.

—Lo mismo me pareció á mi entonces. Entré, pues, en el molino, fingi ser uno de los dispersos de la batalla, y por esta razon cené superiormente y me acosté... no me acuerdo si solo ó acompañado, mientras el bueno del molinero vigilaba para que no me sorprendiesen.

Y al decir esto soltó una sonora carcajada.

—¡Diablo! exclamó Damian. No fué mal golpe.

—Fué una aventura superior, repuso el granadero atusándose baladronamente el bigote entrecano; y aun creo que la hubiera repetido anoche si no me hubiese faltado tiempo.

—¿Anoche? preguntó Damian con curiosidad.

—Si; pero echamos á perder el plan, gracias á un imbécil, que no quiso pararse á pesar de las voces que le dábamos. Así es que le tiramos una descarga y lo matamos como á un conejo.

—¡Calle! ¿En dónde fué eso?

—En un caserío de la frontera: debía ser algun loco para gritar como gritaba; *fuego, fuego!* estando rodeado por veinte granaderos.

—¡Ah! ¿Con que le tirásteis?

—¿Qué habíamos de hacer? Si se hubiese parado, hubiera pasado la noche en compañía de los demas detenidos; pero si: el necio echó á correr y hubo necesidad de matarlo.

—¡Pobre hombre! exclamó Damian.

—Yo lo sentí; pero él se lo quiso y buen provecho le haga.

—Es decir que cayó muerto á la primera descarga?

—No: fué á la segunda, aunque corría como un gamo. Pero desgraciadamente para él, le apuntaba Marc Letonérre, y cuando yo apuntó, bien sea á un hombre ó á una liebre, no hay mas remedio que resignarse á morir: así le sucedió al de anoche.

—¿Pero le visteis muerto?

—Como os veo ahora.

Damian se tentó todo el cuerpo, y tranquilizado con este examen se sonrió socarronamente.

En este la columna habia atravesado por Villaba, y pasando el rio Arga por el puente de Burlada, hizo alto al pie de las murallas de Pamplona, que se habian coronado de curiosos.

—¿Qué apostamos á que es Pamplona ese monton de casas que se divisa á través de la niebla? exclamó Marc Letonérre.

—Tal vez tengais razon.

—¿Y á eso llamais hermosa ciudad? Mejor es Mauleon.

La columna se puso en movimiento al poco rato, y desapareció en la sombría puerta llamada hoy de la *Taconera*.

(Se continuará.)

MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, número 8.

VIAGE ILUSTRADO

EN LAS CINCO PARTES DEL MUNDO.

EDICION DE LA BIBLIOTECA ESPAÑOLA.



Se han repartido 15 entregas de esta interesante obra. Cada entrega consta de 24 páginas por lo menos, en dos columnas en 4.º mayor, edicion de gran lujo con grabados en el testo. Toda la obra constará de dos tomos de á 50 entregas cada uno.

Se suscribe en Madrid en el Gabinete literario, calle del Principe, núm. 25, y en provincia, ultramar y el extranjero en casa de todos los corresponsales del señor Mellado.